





# LA URDIMBRE Y LA TRAMA

## 1. YO SÉ QUIÉN SOY



Marcelo Matas de Álvaro

LA URDIMBRE Y LA TRAMA  
1. YO SÉ QUIÉN SOY



Primera edición: septiembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Marcelo Matas de Álvaro

ISBN: 978-84-18366-66-6

ISBN digital: 978-84-18366-67-3

Depósito legal: M-21129-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Marcelino Matas Muñoz  
y M<sup>a</sup> del Carmen de Álvaro García.  
Sus recuerdos son la urdimbre y la trama  
con que se ha ido tejiendo mi imaginación.*



Mira la urdimbre, mira cómo la trama va y  
viene con la lanzadera, mira cómo juegan las primideras;  
pero dime, ¿dónde está el enjullo a que se arrolla  
la tela de nuestra existencia, dónde?.

MIGUEL DE UNAMUNO

*Niebla*



—Yo sé quién soy —respondió don Quijote—,  
y sé que puedo ser, no solo los que he dicho,  
sino todos los Doce Pares de Francia,  
y aun todos los nueve de la Fama,  
pues a todas las hazañas que ellos todos juntos  
y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.

MIGUEL DE CERVANTES

*Don Quijote de la Mancha*, cap. V, I

La imaginación es la memoria de lo que no sucedió.

JULIEN GREEN



## MADRE

Dormirás mecida por el silencio de la nieve y olvidarás que sueñas que despiertas en tu noche de bodas cuando él entra en tu alcoba y entra en tu cama y entra en ti y luego se duerme a tu lado y sueñas que olvidarás que en tu vientre no hubo una vez nada más que su tacto quieto, la mano escurridiza del tiempo detenida firme un segundo, solo uno en el que nada sucede ni envejece, las hojas no caen de los árboles, al sol no le persiguen las sombras, no fluye el agua del río, ni la sangre, ni las lágrimas, todo quieto y eterno, como el silencio entre dos golpes de campana.

En el sueño entrarás queriendo atrapar de nuevo el recuerdo donde, aún echados en la cama, tú, derrotado el cuerpo, el alma en fuga, le estás mirando fija, confusa, quizá feliz en la extrañeza de sentir ausente el mundo que os rodea, tu mirada fundida con la suya y en la quietud los ojos ardiendo, ciegos para entender lo que hay más allá del placer, de los pasos que os han llevado, a cada uno por su lado, a encontraros en la soledad de los amantes. Cuando él te susurra al oído que en el lecho el deseo lo acaba de descubrir en el desfallecimiento de tu mirada, en la caída involuntaria de tus ojos a un profundo vacío de perdido, abandonado gozo, tú ya sabes que esa primera vez también es la última y no porque no vaya a haber más, que tampoco lo sabes ni lo esperas ni siquiera lo deseas o temes, sino porque en el vuelo de sus labios bailando al aire la palabra amor, amor, amor, presentes que aquella vez sí será la única. Porque esas palabras son una asfixia que al fin sale aliviada por la boca, un humo sólido, espeso, con la gravedad que tienen las cosas

que solo se dicen una vez y luego se esfuman, pero permanecen en el vacío del aire para siempre.

Te abandonarás al olvido del dolor que hace un instante, aquí mismo, hacía retorcerte con las manos sujetándote el vientre, como si se te fuera a escapar entre cuchillos el niño o la niña, el feto que a traición se introdujo en tus entrañas confundido con el humo sólido de las palabras que permanecen y engañan para siempre, penetrado con la asfixia grave de la única vez, cuando en secreto ya sentías el dolor que te hará olvidar al que quizá un día llamarás mi hijo, Sí, hijo mío, cuánto te quiero. El hijo que, en el largo silencio de los días y las noches te fue robando el vacío del cuerpo, la forma que tu edad fue lentamente amasando con los huecos siempre brumosos de la memoria por venir, el presente de la infancia que se sucede sin la conciencia de convertirse en el pasado que ya es, donde habitará, como el blanco fondo que está bajo la superficie del cuadro, la nieve de tu niñez, toda la nieve que cupo un día en el pasajero, asombrado despertar de tu mirada.

Volverás a jugar en las calles que, hasta en los veranos de soles hambrientos, siempre están pobladas de nieve, y sentirás de nuevo el rumor de las piedras bajo la lentitud de los bueyes, las puertas de las casas batiendo por la ventisca que ulula en las noches blancas. Sabías que todas las nevadas son distintas, pero ahora, asomada al abismo del sueño, son la misma en los ojos de hielo de tu abuela cuando aquella noche junto al fuego dice que le acaban de meter cinco clavos en el corazón del alma, uno por cada uno de vosotros, tú y tus hermanos, después de que, muerta tu madre, la hija única de tu abuela, tu padre os haya abandonado a todos, a cada uno de los cinco, a vosotros, a tus hermanos y a ti, la más pequeña. Tu abuela ojos de fuego por la nieve de las lágrimas jura allí mismo que eso es un dolor, pero que a ella no le arrancarán jamás ninguno de aquellos cinco dedos de su mano, Porque todos me sirven y a todos los quiero por igual, incluso al meñique, a ti misma, niña de las entrañas de mis entrañas, hija mía, sí, hija mía, cuánto te quiero.

En la nada tu conciencia aguardará ser nada para hundirte hasta la profundidad del hambre que en tu infancia crece como un hueco solo hinchado de agujeros. El hambre una ancha bolsa de aire sin aire alimentando el ahogo de todos los vientres de todos los niños que corréis descalzos por las calles siempre nevadas del pueblo, jugando a que jugáis el juego de los mayores, a cocinar la negra piel que cae de los nogales en las latas avivadas lentamente en el único fuego de vuestra imaginación, a pelar el canto rodado bien redondo que se asemeja al único lujo que añoráis durante todo el año, el sabor, el zumo de la naranja de la última Navidad. Nunca el hambre, sin embargo, conseguirá morderte ahora una fracción de tu conciencia que se acurruca aún más para huir del frío, la dureza del frío, sólido y cruel como un puñetazo de piedra golpeándote las venas, lentas en el discurrir de los pesados días de hielo cuando las orejas rojas y blancas, las manos sin bolsillos, los pies negros de nieve se amoratan en las culebrillas que no dejan de rastrear tras la insoportable comezón de los sabañones.

Aletargada en el ovillo que irás tejiendo con tu desmemoria, querrías ser solo ceniza para que sobre tu piel no vuelva a rozar el escalofrío de ver a tus hermanos, medio huérfanos, medio abandonados, tramando la forma de no ser descubiertos al robar la parte que a cada uno os corresponde de la miseria, y así, a la hora de comer, alrededor de la olla común todos metéis vuestra cuchara por turnos, pero por la mañana, o hace tan solo un instante, habéis buscado la treta de pasar por la cocina sin ser vistos y hurtar alguna tajada al fondo de la sopa, un trozo de patata, o de berza, o tres garbanzos, o una chupada al hueso ya insípido y seco de tantos guisos. Y por la tarde, cuando tu abuela baja a lavar al río, vosotros metéis el palo ensalivado entre la puerta mal candada de la alacena y con mucho cuidado y astucia sacáis pegado a su punta una pizca del azúcar distraído al estraperlo.

Ahora entre las sábanas te cobijarás en la plenitud de tu vientre y te sentirás a ti misma naciendo en la primavera del año de la victoria, cautiva en el desamparo de todas las mujeres y todos los

hombres que han nacido y aún quedan por nacer, y desarmada de brazos que te acojan con la firmeza de las madres bien alimentadas. Tu madre huesos de dolor y sonrisa en la mueca que seguro te hace, a ti, a tu cara sin expresión cuando buscas con los ojos cerrados el calor de la piel, su pecho desnudo, la dulzura del pezón que por vez primera amamante tu boca. La misma leche que por el interior de tu cuerpo desnudo te irá subiendo cuando veintitrés años después, hoy mismo, la boca hija de tu boca salga a la luz con el pasmo y la angustia de los peces fuera del agua, y busque también a ciegas la vida de tu vida, que será también la de la suya, el alimento mordido sin dientes, solo con labios de la rosada piel de tu sueño.

Envuelta en el eco del silencio, no escucharás los cantos de sirena de los amores que aún no son amores de tu juventud. El cuerpo, que de niña no había sido más que la vasija de barro moldeada con los golpes del frío y del hambre y del sueño y del dolor, soportado por ti en la carga de su débil peso y en el lento, forzoso cambio de la fragilidad de las formas, descubre, en el río donde te bañas, el desconocido molde que el agua va conformando alrededor de él, la larga humedad de tus cabellos, la sed de los pies, el escalofrío que te provoca el roce de tantos ojos ocultos, la mirada de los chicos escondidos tras la frondosidad del sotillo. Por tu espalda, secreta bajo el agua, tiemblan gotas de aire que son como reguerillos sueltos de tu vasija de barro, de sus poros, de sus fisuras, de sus grietas abiertas en el instante en que se acaba de romper tu infancia en mil pedazos, cuando ni siquiera te habías parado a pensar que eras una niña destinada a crecer, tan solo un breve, lejano momento en una dirección que te lleva, asustada, hacia el olvido de lo único que hasta ahora habías sido.

En la blanca noche de tus sábanas no te apenarás al saber que estás sola en la compañía de tu cuerpo en paz, ausente de ti misma en el pensamiento que te lleva a reconocerlo un día, de repente, como propio. Campo de batalla donde el riesgo está en intentar mediar entre las lanzas del amor y el odio, las dos caras de la medalla que de tu cuello cuelga con la doble inscripción de este cuerpo

es mío, pero no soy su dueña, te quiero porque soy yo que crezco conmigo y te detesto porque soy yo que crezco conmigo, me das la tristeza de sentir el frío y el hambre y me das la alegría de sentir el calor y el alimento, me robas la vida y me regalas la vida, me das y me quitas y me quitas y me das continuamente el deseo de querer y odiar al mismo tiempo el deseo que me quitas y me das y me das y me quitas. El deseo te quema los labios como palabra maldita que no se pronuncia ni en el silencio de los cuartos solitarios y oscuros, el deseo de no desear ni lo que ya eres, mucho menos la ambición ni la codicia ni la envidia, ni el antojo de nada, ni la voluntad, anulada, ni la intención, ni la apetencia, quizá, tal vez, solo la necesidad, la urgente, desconocida necesidad de ser acariciada, tocada por alguien, acogida entre los brazos cariñosos de un hombre.

Te precipitarás hacia la noche que no duerme agazapada en el temor de la distancia, en la prisión del tiempo, eterno y sin respiro en el rincón de aquella escuela que no es más que un refugio del frío entre sus muros de piedra. Aunque apenas sufres en tus piernas de alambre la dureza de sus bancos, ni en tus dedos amoratados de sabañones los golpes de la regla con la que el maestro, la autoridad allí, también la víctima, señala las primeras letras que ves escritas en la pizarra y los mapas de la renacida Patria Imperial y el crucifijo desde donde Dios mismo ensangrentado sufre por ti, pecadora, eternamente por los siglos de los siglos, amén. Apenas lo sufres porque el conocimiento de la vida está alejado de las paredes que albergan el frío, y todos saben que leer y escribir y las cuatro reglas y la historia del mundo resumida en el temor de las Sagradas Escrituras no son más que una pérdida de tiempo, una prisión donde la obediencia y nada más que la obediencia es la única sabiduría que sacarás en claro, como sacas punta al pizarrín con el que apenas sin fuerzas ni habilidad ni pulso rayas tu pizarra de piedra no clavada aún en la cuerda que te arrastre y te saque de la miseria.

Recibida en el aire tibio de unos brazos abiertos, te dejarás llevar por el rumor de su mirada de hombre siguiendo los pasos, los pies de las chicas que ya bailan junto a otros hombres en el centro de

la pista. También sus pasos hacen el gesto de querer acompañarse con los de ellas, los de las chicas como tú, pero no como tú porque ellas tienen en sus cinturas la mano firme y cálida, el abrazo de derrota con el que tú sueñas. Sin embargo, tu dolor es tierno cuando el son de la música arrastra su mirada de hombre hacia las sillas que rodean la sala donde estáis todas sentadas, las jóvenes casaderas, y sus madres y sus hermanas mayores y sus amigas ya felizmente casadas, carabinas aguardando en la larga espera de todas las tardes de baile a que él, un hombre, quizá el hombre de tu vida, te mire y se acerque con cautela, nervioso, para decirte también con cierta indecisión, con la agitación que palpita en su voz quebrada, Por favor, ¿querías bailar conmigo esta pieza?. Y tú, encarnados tus pómulos con el hálito curioso, febril de todas las miradas, tiembles como el lejano día que insegura diste tus primeros pasos y, tambaleando, te agarraste a un mueble o alargaste inquieta la mano hacia el aire buscando la otra mano de la confianza y la calma, la de tu madre muerta o la de tu padre que acababa de huir o la de tu abuela de los cinco clavos en el corazón del alma, y encontraste, en el vértigo del desequilibrio, la débil mano de alguna de tus hermanas, las mismas que ahora te flanquean en el momento que también posan sus manos sobre las tuyas para darte calma y confianza en la insegura decisión de levantarte y dar, con el mismo vértigo, tus primeros pasos hacia él.

En los soñolientos límites de la madrugada, crearás por un momento que tú también formas parte del continuo recreo en que vive la familia que, en caridad cristiana, te acoge de niñera. Cerrarás los ojos para vivir feliz en el engaño de que eres una más, una hija recién nacida de repente con catorce años en el seno de esta familia con padre, madre y otra hija de apenas un año que tú tienes que cuidar y hacer reír y jugar con ella y cogerla en brazos, sí, en tus brazos, a esta niña vestida siempre de fiesta, con sus pololos asomando debajo del vestidito rosa, con sus cintas de terciopelo cruzando su tripita, con sus baberitos de encaje, con su gorrito de hilo, con sus zapatitos de charol, cogida en tus brazos,

con su linda sonrisa, con sus tirabuzones de oro, con su carita sonrosada, cogida en tus brazos, con su pulserita y su cadenita y su medalla de la Virgen y sus pendientes de plata, cogida en tus brazos, con sus piernecitas y sus manitas y sus muñecas y sus tobillos bien rollizos, cogida en tus brazos, todo su cuerpecito de niña que abulta y pesa más que tú, en tus brazos felices de vivir en el engaño. La alegría de no sentir que trabajas, sino que la misericordia de esta familia te ha recogido para quitarle a tu abuela una boca en su casa, y de paso servir, no de criada, eso no, qué palabra más fea, servir, por compasión, para lavar, secar y planchar toda la ropita de la niña, casi tu hermana pequeña, para cambiarle el pico y las gasas sucias, limpiarle el culito y bañarla en pétalos de rosas, vestirla, ponerle agua de colonia y darle de comer, para hacer su cunita por la mañana y abrirla por la noche y pasarle el calentador y echarla a dormir y cantarle una nana y también entretenerla y jugar con ella y cogerla en brazos para hacerle cosquillas y ver, feliz las dos, cómo sonrío. No cocinas porque hay una cocinera que tiene más años y pericia y conocimientos que tú, pero cuando la niña duerme te manda ir a por agua a la fuente o pelar las patatas o lo que se tercie, ni tampoco barres ni friegas ni enceras la casa hincando las rodillas en el suelo, como hacen las limpiadoras que también te mandan de vez en cuando que tires a la calle el pesado cubo de agua sucia y traigas otro lleno del pozo o que pases el trapo del polvo por encima de los muebles, con mucho cuidado de los jarrones y los centros y los marcos de plata, ni tampoco bajas al río a lavar la ropa de toda la familia ni la subes a tender al balcón de arriba ni la planchas ni la doblas ni la colocas con mimo en el arcón, pero sí te mandan que ayudes a llevar y traer las planchas de hierro que se calientan encima de la chapa de la cocina de carbón, ni tampoco pones ni quitas la mesa con impecable uniforme de cofia y delantal, ni echas las sobras a los perros ni friegas los cacharros, pero a la hora de la siesta secas toda la loza, los cubiertos, las copas y lo colocas todo de nuevo en el mueble del salón, y vigilas el sueño de la niña mientras todos duermen.

Entre el calor y el frío te sentirás acogida bajo las negras alas de un murciélago, y bajo el oscuro manto de su sombra buscarás sin lágrimas alguna huella iluminada de tu madre. Su recuerdo tan solo son palabras que te cuenta tu abuela un día sentada en su regazo, Mírame, hija, niña de las entrañas de mis entrañas, fíjate bien, la cara de tu madre es mi misma cara que es también la tuya, las tres la misma cara; mira ahora tus manos de niña, fíjate en las mías y verás las mismas manos de tu madre, de mi hija, que son las tuyas, las tres las mismas manos; mira ahora tu pelo moreno, tócalo, toca el mío blanco y tocarás el mismo pelo negro de tu madre, de mi hija, que es el tuyo, las tres el mismo pelo; dime algo, escucha tu voz de niña y la mía de vieja y escucharás la misma voz de mujer de tu madre, de mi hija, las tres la misma voz; mírame otra vez, mírame a los ojos y abre bien los tuyos para vernos reflejadas las dos en la misma mirada, los mismos ojos de tu madre, de mi hija, las tres los mismos ojos, las mismas lágrimas las tres.

Flotarás como un ángel sobre el cambiante rostro de una nube, y en la distancia no notarás el dolor que te produce el constante, acompasado ruido de las máquinas. Ni los gritos de mando que el encargado de la fábrica te pega a dos palmos de tu cara para que no levantes la vista de la mesa donde llevas ya cinco horas de trabajo, desde las seis de la mañana de pie cogiendo con tus manos agrietadas de tanta humedad los vellones de lana virgen para cortarlos y separarlos de la pez de la oveja con las pesadas tijeras que abultan más que tú. Te grita, el encargado, que es un mandado como tú, te grita, No pares, atenta, coño, atenta, no te duermas en los laureles que como se te escape otra borra y me echen a mí la bronca en la hilatura, te juro que te pongo de patitas en la calle, sí, niña de los cojones, que ya no valéis ni para trabajar, te lo juro, por estas, que te mando a la puta calle, a fregar portales, que eso, y lo otro, es lo único que sabéis hacer. Y hueles el insoportable hedor de su boca de mando mezclado con el tufo de oveja muerta que ya llevas pegado a ti como si fueras tú misma el animal que acaban de esquilar en la dehesa, su penetrante olor a orines y excrementos revuelto en

tu estómago con el mareante vacío del hambre que te hace temblar las piernas y tambalearte sin apenas poder ya resistir el ritmo febril, el continuo y áspero ruido de las máquinas.

Sumergida en la espera de despertar y descubrirete de nuevo fuera de ti misma, guardarás aún otro secreto para no aspirar a nada más que a seguir sobreviviendo. Él también llega de la nada y, como tú, parece que se asoma a la desconocida orilla de sí mismo, cuando después de haber pisado toda la nieve que cubre la distancia de Belgrey a Aleros y recibir en las narices el golpe de la puerta que tus hermanos han cerrado para que no salgas, aguarda sin partir y siempre espera, como tú, a tener ocasión de cruzar dos palabras, un aliento contenido, o tal vez solo el mar veloz de dos miradas. Te habría dejado hablar con él tu abuela de los cinco clavos, pero ni la autoridad ni el vigor que impone su recuerdo consigue que tus hermanos, poco mayores que tú, aparten de sus mentes todos los miedos que, como pájaros de mal agüero, vuelan con sus alas negras sobre la pobre, acobardada vida de todos vosotros. Eres mujer y en esa condición llevas incorporados, como dos miembros más de tu cuerpo, el pecado y la penitencia, el temor no solo de que algo aciago te ronda, sino la sospecha de que, valiéndote de tus propias artes, bien puedas ser tú quien lo anime y provoque, y también el dolor de no ser más dueña de tu voluntad de lo que es un animal doméstico o un niño pequeño, tan alejados de tu madurez y tus formas y tus maneras de mujer, ya no una niña ni una joven siquiera, una mujer que solo quiere en la vida que un hombre, sí, por qué no este que pisa con dos huellas diferentes toda la nieve del camino y si no le dejan verte aguarda sin partir y siempre espera, este hombre que parece traer buenas intenciones pida permiso a tus hermanos mayores para hablar contigo, ahí los dos pegados al quicio de la puerta, y quizá mañana o un día cualquiera le dejen llevarte al baile del casino y entonces él se atreva a dar el paso de pedir tu mano y sacarte por fin de la casa maldita de los cinco clavos.

En la pausa de un respiro aún no sabrás si es verdad o un mal sueño la caída que te hace rodar con tu barriga preñada por la cues-

ta que baja a la calle Mayor. El mal tropiezo, el resbalón, el suelo que de repente se te viene encima sin darte la posibilidad de salir de la fatiga que te lleva arrastrando como una tortuga triste por los largos días de esta primavera y reaccionar, pisar firme, mirar al suelo y esquivar la piedra o el papel o la cáscara de plátano, pensar que no vas sola, que no eres una sino dos, tú y el niño, o solo tú, pero enorme, desproporcionada, un barco a la deriva guiado por un mascarón de proa que le desequilibra, y sobre todo evitar la torpeza, el secreto, imperdonable descuido de dejarte caer con todo el peso en el ridículo. Y ahora mismo aún no sabes que él, tu marido, no ya en un pasado que ni siquiera sueñas, sino ahora mismo mientras tú estás en la cama mecida por el silencio de la nieve, está corriendo por todas las calles de Belgrey, golpeando a la puerta de su casa con los nudillos de la desesperación, entrando en los bares donde dicen que suele ir, en el café del casino donde echa la partida el médico que, cuando lo encuentra, ni sabe ni quiere saber que estás en casa desmayada a punto de tener el hijo que engendrabas, en trance de perderlo y de perderte también a ti si no llega a tiempo. Tu marido ahora mismo, después de haberle pedido con la humildad del pobre, Le ruego por lo que más quiera, que deje la partida y acuda en su ayuda, le acaba de tirar la copa de coñac al suelo y, ante la sorpresa de los compañeros de juego, le está cogiendo por las solapas de la chaqueta porque el médico está más borracho que una cuba y se niega a ir a ningún sitio ni a reconocer que tiene un deber, y tu marido le está gritando bien alto para que lo oiga todo el mundo, Como le pase algo a mi mujer, a ti dormida en el olvido, Juro que lo mato con mis propias manos, y que tiene que ir aunque sea borracho y le tiemble el pulso porque si muere la madre o el niño, si mueres tú y el hijo de tus entrañas, Yo también me muero, tu marido también se muere, Pero me lo llevo a usted por delante, al médico que no quiere atender al sietemesino que llevas dentro, en el momento que olvidarás que sueñas que despiertas, hoy mismo, cuando ya lo estás pariendo.